



INTRODUCCION

Miramón salía a principios de 1859 de Guadalajara hacia la ciudad de México. En 20 de diciembre de 1858, el general Miguel María Echegaray había lanzado, desde Ayotla, su plan de conciliación. La posibilidad de que entre el ejército cundiera la invitación de Echegaray: "... tiempo es ya de que cesen los odios..."²⁰⁴ obligó a Miramón a presentarse en México. Al pasar por Guanajuato, se "despronuncia" la guarnición; al saberse en México que el joven Macabeo llegaba a San Juan del Río, se reúnen en la Ciudadela varios generales en torno de Manuel Robles Pezuela. Por telégrafo comunican a Miramón que, habiendo decidido Robles Pezuela retirarse, resignaban el mando en el propio Miramón; éste les ordena que obedecieran a Mariano Salas. El día 21, salvas, repiques y cohetes, anunciaban que Miramón entraba en Chapultepec. Siete días más tarde, Miramón publicaba un decreto agregando al Plan de Tacubaya un débil recurso legal para nombrar Presidente de la República. José Ramón Malo, anotó, apesadumbrado, el día 28 de enero en su *Diario*: "Triste es para mí, muy triste, tener que manifestar en este lugar que toda la esperanza que había concebido de un porvenir de gloria para mi Patria, con el desprendimiento y hechos cabaleros del General Miramón, se ha desvanecido, desde que alucinado por malos consejeros, ha considerado como una mera ceremonia la restauración al poder del Excelentísimo Señor Presidente de la República, General Don Félix Zuñiga, haciendo que renuncie y mezclándose en los actos de su poder con vilipendio de la autoridad y de su persona. Por qué la Divina Providencia no se dignó dejarnos sabo-

²⁰⁴ Plan de Ayotla o de Navidad, en 20 de diciembre de 1858. *Boletín de la Srta. de Gobernación*. Ob. cit., vol. 3, pp. 558-9. Miguel María Echegaray (1816-1891).

rear algunos días de ensueños de dicha que habíamos concebido?...”²⁰⁵ El 1o. de febrero se publicaba el bando anunciando que Miramón, por “nombramiento” de Zuloaga, era *Presidente sustituto de la República*. Trece días después, Miramón, ya “general presidente”, revistaba a la división de reserva que saldría a tomar la ciudad de Veracruz. El mismo día nombró a los ministros de su “gabinete”, todos discípulos de Alamán: Manuel Díez de Bonilla, Relaciones; Teófilo Marín, Gobernación; Gabriel Sagaceta, Hacienda; Manuel Larráinzar, Justicia; Severo del Castillo, Guerra y, en Fomento, Octaviano Muñoz Ledo. Como en los tiempos de Santa Anna, generales y propietarios se unían, alegremente, a administrar el país. El verdadero Gobierno radicaba en Veracruz y el ejército, un nuevo ejército, surgía de la voluntad de Santos Degollado.

Entre marzo y abril, las campañas militares llegan a un punto decisivo, no por la importancia de las batallas, sino por la madurez del ejército popular y los procedimientos a que acudirían los militares profesionales. En marzo salió Miramón de la capital para dirigir las operaciones contra Veracruz. A su paso por Puebla, arcos triunfales, poesías y discursos, lo proclaman “Genio tutelar”, “Dedo de Dios”... Entra a Orizaba; las fuerzas de José María Cobos,²⁰⁶ son derrotadas; el avance de las tropas se detiene cerca de la Barranca de Jamapa; días después —el verano que Miramón temía como un aliado del Gobierno se aproximaba— acampa en Tejería. El 19 de marzo, escribe a su esposa: “. . . tres cosas grandes tiene Veracruz que debemos reconocerle, la mar, los buques y la plaza que voy a atacar . . .” No pasó de una declaración. El ejército, exhausto y enfermo, sólo vio, a lo lejos, el mar. Entre tanto, Santos Degollado ocupaba Guanajuato, recobrando parte de la artillería que perdiera en Ahualulco; entraba en Querétaro, derrotando cerca de San Juan del Río a Tomás Mejía y el 22 de marzo —Juárez acababa de cumplir 53 años de su edad— se apodera de Tacubaya y pone sitio a la ciudad de México. Miramón sale de Tejería en auxilio de su “gobierno”; Mejía sigue una marcha paralela a la de Degollado y logra entrar en la ciudad de México con 2,500 hombres. El 7 de abril, Leonardo Márquez llegaba a la ca-

²⁰⁵ José Ramón Malo, ob. cit., tomo II, p. 537.

²⁰⁶ José María Cobos (Santander, España, 1826. Fusilado en Matamoros, Tamps., en 27 de octubre de 1863).

pital, y tres días después salía rumbo a Tacubaya al mando de 5,000 hombres. Se le vió pasar por la Hacienda de los Morales y detenerse en las Lomas de Tacubaya, a las 5 y media de la tarde. Al día siguiente, al amanecer, se rompió el fuego. La señora Miramón, desde una de las torres de catedral, y al través de un antejo de larga vista instalado por los canónigos metropolitanos, vio con "claridad al general Márquez que, montado en su caballo blanco y seguido de su Estado Mayor, recorría la línea de batalla..." Cuando el combate terminaba —Zaragoza y José Justo Alvarez maniobraban para salvar intacto el armamento y los cuerpos del ejército— vio a su esposo montado en su caballo "El Dorado".²⁰⁷ Horas después, en San Diego, reunidos Miramón, Márquez, Orihuela y Mejía, "decretan la muerte de todos los vencidos y de cuantos se encuentren en su compañía".

El epílogo de los fusilamientos en Tacubaya podría ser una frase de Juárez, escrita el 10. de abril. "Es imposible, moralmente hablando, que la reacción triunfe."

El ejército federal no logró vencer en Tacubaya ni ocupar Veracruz. El odio a los licenciados, ya expuesto por el general Pacheco a José Ma. Tornel, se desahoga en los fusilamientos de Manuel Mateos y Juan Díaz Covarrubias; habían "segado —dijo Zarco— dos cabezas pensadoras que calificaban de peligrosas". Y no otra cosa simbolizaba Veracruz para Manuel Ramírez de Arellano, en cuyos apuntes consta la disciplina de las tropas mandadas por militares profesionales, los descalabros de quienes se improvisaban en la guerra, el desprecio con que se calificaba de "constitucionalistas" —y lo eran, ése era su mérito— a los liberales y cómo, al trote de los arzones de su artillería, no logra ver a las gavillas comunistas que, en Veracruz, sentaban las bases perdurables de la República.

²⁰⁷ Relato de la señora Concepción Lombardo de Miramón al periódico *El Tiempo*, en 24 de marzo de 1895, al trasladar los restos de Miguel Miramón a la catedral de Puebla. Citado, también, por Carlos Sánchez Navarro en *Miramón, el caudillo conservador*. Edit. Jus, México, 1945, p. 109.